

Víctor Raúl Haya de la Torre, el APRA y el Indoamericanismo

Prof. Dr. José Alberto de la Fuente

Introducción

El día que recibí la invitación para venir a dialogar con ustedes sobre Haya de la Torre (1895-1979), el APRA y el aprismo, su denuedo intelectual y su acción política en óptica indoamericanista, casualmente preparaba una disertación sobre Arguedas, releía párrafos de la obra *Yawar Fiesta* (1935), revisaba su transducción cinematográfica y Mario Vargas Llosa no dejaba de interpelarme con los aciertos y debilidades de su ensayo *La utopía arcaica, José María Arguedas y las ficciones del indigenismo* (1996). La película que veía en ese momento sobre esta “fiesta de sangre” que es *Yawar*, me ayudaba a recordar las asombrosas y estremecedoras imágenes que guardo desde mis lecturas juveniles: uno de los protagonistas, el toro Misitu, animal cimarrón e indomable, seduce hasta el martirologio y por la búsqueda de la identidad a todo el pueblo andino como una forma de adoptar, a través del juego de la muerte que le trae el conquistador, una confirmación de sí mismo y alega de manera mancomunada y casi inconsciente en contra de la inequidad que arrastra la modernización graficada en la acción social de los gamonales.

Magia, creencias, costumbres, ritos, bailes, alcohol, formas de producción y demás manifestaciones cotidianas del imaginario histórico-social, constituyen la médula de los problemas y acciones políticas que Haya de la Torre, inspirado en Manuel González Prada, conociendo el pensamiento de José Carlos Mariátegui y la estética de los escritores de vanguardia, asumió para intentar liberar, al pueblo de Perú y de la cultura andina, de las cadenas que el conquistador le pone en sus muñecas y en el cerebro a cambio de su advenedizo proyecto civilizador.

De Haya de la Torre, de su visión y capacidad política, en esta oportunidad compartiré con ustedes una lectura en retrospectiva y perspectiva latinoamericana, sin olvidarnos que vamos caminando hacia un nuevo siglo de economía neoliberal destructiva, considerando la continuidad de ideas y pensamientos que se han ido desarrollando desde

que José Martí, en 1891, en su ensayo *Nuestra América*, validara la subyacente categoría del “nosotros” para comprender los debates que vendrían después sobre la justicia, la integración y la aceptación del “otro” en sus diferencias y dignidades ancestrales. En efecto, mi propósito es reflexionar sobre la importancia histórica, vigencia y protagonismo de personalidades como la de Haya de la Torre, haciendo algunos alcances a las ideologías¹ que pretendieron imponer sus proyectos y discursos políticos occidentales en la región. Para conseguir este propósito, creo que para referirme al aprismo y al indoamericanismo, es necesario preguntarse sobre la densidad romántica de las motivaciones que tuvieron los revolucionarios del siglo XIX y de los de la década del 30 para ejercer sus derechos ciudadanos en tiempos de colonización, dependencia y emancipación en medio de los rudimentarios influjos de la modernización. Preguntarse por qué en aquellos tiempos la Patria era Vida y Muerte, fuente de identidad primordial; qué estaban pensando los ideólogos norteamericanos en las dos últimas décadas del siglo XIX acerca de América Latina y luego dirigir nuestra mirada a Perú, su círculo serrano y costero como espacio de contradicción migratoria e intercultural. Es aquí donde aparecen las figuras que nos interesan, sus intelectuales, políticos y dirigentes anarcosindicalistas más relevantes.

Ya no es novedad que los conceptos centrales que regulan el pensamiento latinoamericano del siglo XX son identidad y modernización. América Latina es la región del mundo vapuleada por aquellas concepciones evolucionistas que, como lo corrobora Bartomeu Miliá, desconfían de los pueblos, los juzgan atrasados y los creen subir al tren de la única civilización que siempre es la del imperio de turno: el español en los siglos XVI y XVII, el inglés en el siglo XIX, el norteamericano en el siglo XX y que pretende seguir depredando a la humanidad y al planeta a través de la ideología de la globalización. Eduardo Devés, en su obra en tres volúmenes sobre el pensamiento latinoamericano², registra una síntesis en profundidad sobre las vivencias, experiencias y acciones que han desplegado los intelectuales, políticos y creadores en aras de autenticar modos de percibir la realidad, superar el subdesarrollo y luchar por la integración hasta consolidar la identidad continental bajo el prisma de la “unidad en la diversidad”.

¹ El concepto de ideología siempre ha sido difuso y se ha utilizado según distintos intereses filosóficos y de clase. Lo entiendo como un tipo de enunciación intelectual que construye pensamientos, releva ideas e incluye opciones valóricas, éticas y morales; reflexiones, opciones, actividades jurídicas y expresiones de conciencia según experiencias individuales y colectivas. También me parece plausible la definición de Bajtin cuando analiza la obra de Dostoievsky: mundos de conciencias que se interpretan mutuamente; mundos de posturas significativas y congregadas. Las ideologías sólo engañan cuando no son capaces de penetrar en el juego de las fuerzas materiales objetivas que se esconden detrás de ellas..

² Devés, Eduardo: *Del Ariel de Rodó a la CEPAL*, Vol. I, 2000. *Desde la CEPAL al neoliberalismo (1950-1990)*, Vol. II, 2003 y *Entre la modernidad y la identidad*, Vol.III, 2004 (Todos publicados en Bs. As. Por Editorial Biblos y El Centro de Investigaciones Barros Arana de Chile.

“Clamar, sí; suplicar, no”

La Historia Cultural nos permite estudiar la relación entre la condición humana y el sistema simbólico de una época; nos enseña que la historia de todas las culturas es la historia de préstamos, intercambios, violencias y encuentros de distinto jaez que se traducen en procesos de asimilación, de adopción y de apropiación. Las primeras tres décadas del siglo XX son determinantes para situarse y comprender las motivaciones, el sentido y el grado de pertenencia de Haya de la Torre a los desafíos de una época, quien nace al finalizar el siglo XIX y alcanza a participar por más de sesenta años en los conflictos políticos internos de Perú y vive el día a día de una de las crisis económicas más traumáticas que desencadena la Gran Depresión del imperialismo norteamericano en 1929, envuelto en el debate de la llamada cuestión social, crisis que afectará gravemente al Tercer Mundo porque aumentará el desempleo, bajará la producción, agudizará la incertidumbre y activará la conciencia política de los trabajadores. Es el derrumbe de la civilización romántica individualista del siglo XIX, del sistema que presagia la soledad en detrimento de la solidaridad y del sujeto legitimado en la comunidad; es la crisis más grave que hemos conocido desde la Revolución Industrial, la cual se instala en el poder de Alemania y Japón, aumentando las fuerzas políticas del nazismo y del fascismo.

El proceso de intervención de Estados Unidos en América Latina, tras declararle la guerra a España en disputa por el territorio cubano, tras apoderarse de Puerto Rico y demás islas españolas del Pacífico, culmina en dos actos dramáticos: la expansión hacia El Caribe y la intervención en el istmo de Panamá que formaba parte de Colombia. La cuestión social se traducirá en el tema de la paz y en la defensa de las naciones oprimidas; el apogeo del nacionalismo antifascista se dará entre 1918 a 1950, relacionando el Estado y la Nación con políticas populares; Nación como lugar de soberanía y Pueblo con intereses comunes de humanización, depositario del bien común por encima de los privilegios de castas y de clases.

Los hombres del porvenir que lucharon por la independencia política americana, concretaron algunos de sus sueños en la victoria parcial del ideal bolivariano, y vivieron la amargura prolongada por una utopía que no alcanzó a pasar de una esperanza frustrada a repúblicas liberadas de la magnitud de los conflictos heredados por el feudalismo español, el clericalismo y el militarismo de nuevo cuño. La situación histórica de Perú tiene muchas similitudes con lo que aconteció con el resto de los países andinos y del Cono Sur. El primer fenómeno constitutivo del Estado fue la guerra, el cual se constituye como matriz de la nacionalidad. Pareciera ser que sin la guerra de la Independencia, no habría existido el Estado en la forma paternalista y policiaca que aún soportamos³. Esta experiencia del

³ Tal vez sería provechoso para la cuestión que nos ocupa, estudiar las analogías históricas que se establecen con Perú y demás países sobre los elementos vertebradores de las identidades republicanas. En el caso de

gamonalismo en Perú, del régimen de economía patriarcal en países como Brasil y de las oligarquías agrarias y mineras de otros, sólo se podía soportar luchando contra el imperio, los enemigos internos y restituyendo la imagen de las repúblicas en esa geocultura nacional llamada Patria. Haya de la Torre conocía el clamor de José Martí difundido en 1895 a través del “Manifiesto de Montecristi”, donde declara su fe en los deberes indispensables de la revolución. No cabían actitudes indiferentes y menos indolencias ante el clamor del lugar sagrado, la Patria sinónimo de aquella porción de humanidad –como afirmaba Martí- que vemos más de cerca y en que nos tocó nacer..., por lo que de modo especial, allí está obligado el hombre a cumplir su deber de humanidad. Por la Patria se vence o se muere; en su adopción se explica la fenomenología que permite alcanzar la plenitud del ser vinculado a la experiencia de madurez de la conciencia histórica contemplativa, actuante, desprendida, entregada y desplegada hacia porvenir. La Patria reviste una dolorosa obsesión y una consagrada misión en su significado de ofrenda permanente a la tierra. Tanto a los poetas modernistas como a Martí, les preocupaba la situación del hombre moderno frente a un mundo trastornado y desquiciado. Los políticos de la época están ciertos de que los pueblos que no rompen sus cadenas, pueden mudar de tiranos, pero nunca serán libres. Se cautela el decoro, la honra y el honor. Para González Prada, la Patria “no es sólo el pedazo de tierra que hoy bebe de nuestras lágrimas y mañana beberá nuestra sangre, sino también el molde en que se vacía nuestro ser, o mejor dicho, la atmósfera intelectual y moral que respiramos”⁴. A Haya de la Torre como a cualquier hombre que ha buscado el bien de los pobres y la autonomía de su país, no hay que restarle méritos por los errores cometidos. Su gran contribución fue dejar instalado en Perú el grito permanente contra el imperialismo y contra el neocolonialismo virtual de las actuales transnacionales.

Chile, Mario Góngora, en 1981, aún viviendo en la dictadura de Pinochet y de modo bastante conservador, plasmó una interesante discusión en su *Ensayo histórico sobre la noción de estado en Chile en los siglos XIX y XX*. Habría que hacer el juego de probar sus tesis a partir de los factores específicos de la historia de cada país. Se constata que durante el siglo XIX, cada generación vive su propia guerra –al menos en Chile-.La ofensiva lanzada en 1813 por el Virrey de Perú, desencadena las guerras de la Independencia, que traen como consecuencia la creación de un nuevo Estado y que se prolongaron en la “guerra a muerte” contra los realistas del Sur y en la campaña por la liberación de Perú bajo el mando de San Martín. La obediencia-resistencia al Rey se traslada a los republicanos.

⁴ Germaná, César (2005). *MGP y VRH de la T. De la democracia liberal al nacionalismo radical*. Ponencia presentada en la Universidad Michel de Montaigne, Bordeaux, Francia. Página 14.

El ideólogo del “pan con libertad”, el APRA y el aprismo

Haya de la Torre nace en 1895 en la ciudad de Trujillo, ubicada en la zona norte de Perú. Realiza sus estudios primarios y secundarios en el seminario San Carlos de Trujillo de sacerdotes franceses. Luego, estudia en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos y al poco andar por el claustro universitario asume la presidencia de la Federación de Estudiantes. En 1920 funda la Universidad Popular González Prada. En 1922 viaja a Chile a participar en la fundación de la Universidad Popular José Victorino Lastarria. En 1923 es desterrado por el gobierno de Augusto Leguía; recorre varios países promoviendo universidades populares. En 1924, en medio del fervor estudiantil en la capital de México, proclama a nivel continental el partido Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA), y en acto simbólico entrega la bandera Indoamericana a los estudiantes; en 1926, funda a nivel nacional, el Partido Aprista Peruano (PAP). En 1927, en París, funda el Centro de Estudios Antimperialistas del APRA, distanciándose de la Tercera Internacional Comunista y proponiendo frentes pluriclasistas. En 1931, el partido lo postula a la Presidencia de la República. Después de casi diez años de exilio, regresa a Perú y nuevamente debe asilarse en la Embajada de Colombia durante cinco años (desde 1948 hasta 1954). En 1956, se presenta como candidato a la presidencia y es vetado por el ejército, traspasa sus votos y le da la victoria a Manuel Prado. En 1962, triunfa en otra elección, nuevamente es vetado y sustituido por un golpe de Estado que al año siguiente abandona el poder y permite la elección de Fernando Belaúnde. En 1967, la ingobernabilidad no puede detener la devaluación y se produce la crisis del petróleo que motivará otro golpe militar, proclamando las reformas que el aprismo había propuesto desde 1930: reforma agraria, nacionalización petrolera, integración, etc. En mayo de 1976, asiste al Congreso Mundial de la Internacional Socialista que se realiza en Venezuela, presidido por Rómulo Betancourt en compañía de Willy Brandt. En 1978, ya transcurridos los años de dictadura, es elegido Presidente de la Asamblea Constituyente, siendo éste el único cargo oficial que desempeña en Perú. A un año después de su muerte, desde 1980 en adelante, el aprismo sigue presente con su programa nacionalista, democrático y popular. Entre los dirigentes peruanos de la época, la política tiene un sustrato metafísico y se concibe como profesión de fe. Para Mariátegui es filosofía y religión. Refiriéndose a González Praga, dice: “Sabemos que una revolución es siempre religiosa. La palabra religión tiene un valor, un nuevo sentido. Sirve para algo más que para designar un rito o una iglesia. Poco importa que los soviets escriban en sus afiches de propaganda que la religión es el opio de los pueblos”⁵.

⁵ Mariátegui, José Carlos (1972): *El proceso de la literatura*, séptimo ensayo de interpretación de la realidad peruana. Vigésima edición, Biblioteca Amauta, Vol. 2, página 264.

Según la información que proporciona Raúl Fonet-Betancourt sobre la fundación de los partidos populares y comunistas en América Latina, se infiere que la ideología de Haya de la Torre presenta divergencias con la opción de Mariátegui. “Se admite que los partidos comunistas de América Latina no proceden de una base homogénea, sino que en sus orígenes nos remiten a una doble tradición revolucionaria, pues brotan, por una parte, del seno de partidos socialistas que se radicalizan o se escinden de un ala reformista y otra ala revolucionaria; y, por otra, de la evolución de sectores anarquistas hacia el bolchevismo”⁶. González Prada influye tempranamente en Haya de la Torre con sus ideales anarquistas traducidos en una concepción de la libertad ilimitada y del bienestar individual, abolición del Estado y de la propiedad individual. Rechaza la caridad cristiana por considerarla una “falsificación histórica de la justicia”, una ironía, un vejamen, y tampoco admite la soberanía popular para evitar el riesgo alienante de las conciencias por los apetitos de poder. Sin duda que esta exageración se excluye del Programa Máximo y Mínimo del APRA, proclamado y difundido en 1931. La derrota de Perú en la guerra con Chile impacta profundamente en la nueva conciencia que surge entre los intelectuales sensibles a la renovación del país. Ante la catástrofe, quienes sustentan el proyecto civilizador, entran en un gran pesimismo. Son los integrantes de los círculos literarios quienes conservan su optimismo para regenerar a una nación empobrecida y desgarrada. El anticipo del aprismo está ligado a la transformación del Círculo Literario en el Partido Unión Nacional (1981), el cual se propone llevar adelante una revolución intelectual y moral, cuyo planteamiento democrático liberal se fundamenta en el derecho a la propiedad privada, en el establecimiento de un Estado democrático con separación de poderes, en el establecimiento de una Guardia Nacional Republicana y en la recuperación de las propiedades usurpadas a los indígenas. Para el Perú del siglo XIX, el Programa de la Unión Nacional es radical y revolucionario porque el poder económico, social, político y cultural es detentado por minorías militares con el respaldo de la Iglesia Católica. El eje de los cambios residía en la emancipación de los indígenas...Mariátegui también valora la incursión de la sensibilidad de artistas y escritores en el campo de la política. En su artículo *Arte, revolución y decadencia* (publicado en *Amauta*, N° 3 de 1926), se refiere a la coexistencia de dos almas en el mundo actual, la de la revolución y la de la decadencia. La civilización capitalista se refleja en la atomización y disolución de su arte, lo cual preludia un orden nuevo. Los artistas no se pueden sustraer a la gravitación política, trama misma de la historia. Es Mariátegui quien efectivamente renueva y naturaliza la teoría marxista en América Latina, reconociendo que en la misma época actuaban Recabarren en Chile, Codovilla y Ponce en Argentina, Mella en Cuba, Pereyra en Brasil, etc. Haya de la Torre realizó el esfuerzo inicial en formular un “marxismo vernacular” diferente a la forma nacional del marxismo que propugna Mariátegui,, acusándolo de europeizante en contradicción con el indoamericanismo. “Mientras Haya de La Torre, acentuando la

⁶ Fonet-Betancourt, Raúl (2001): *Transformaciones del marxismo. Historia de la recepción del marxismo en América Latina*. México, Plaza y Valdés, editores, página 58.

particularidad distintiva del “espacio-tiempo indoamericano”, busca en su contextualización del marxismo la superación de éste en el sentido expreso de dejarlo atrás con una forma de interpretación superior, se preocupa Mariátegui, quien por su parte subraya el carácter esencialmente mundial o internacional del socialismo, por incorporar la particularidad americana, sin negarla ni amputarla, sino con plenos derechos, en el contexto de la historia mundial [...] Por eso su intento de aclimatación del marxismo se entiende como una aplicación creativa del método de Marx en la que se da cuenta de la peculiaridad latinoamericana y se continúa a la vez la tradición marxista”⁷. Esta diferencia teórica y metodológica es fundamental para legitimar las diferencias del indoamericanismo de uno y de otro.

Haya de la Torre, en su breve ensayo *El lenguaje político de Indoamérica (1938-1940)*, ofrece una amplia expresión de las influencias culturales que forjaron su ideología y convoca al rescate de valores que se pueden considerar propios de América. Frente a las aseveraciones de Alfonso Reyes, quien afirma que en aún no se ha forjado un lenguaje político propio indoamericano, Haya de la Torre insiste en que América Latina está obligada a autenticarse en el campo cultural para evitar el aislamiento y el nihilismo; dice que el significado de la Patria es inseparable del sentido continental, al cual hay que subrayarle los conceptos que consolidan al Estado: la justicia social y la libertad individual bajo el lema “La libertad limitada por la justicia” en el contexto de una democracia funcional. Al preguntarse cómo ha de llamarse este continente nuestro que comienza en el Río Bravo y remata en Magallanes, al examinar las denominaciones que se engloban en la “Patria Grande”, tienen también un significado y definen etapas de su historia: Hispano o Íbero América, América Latina e Indoamérica, aunque también pretendió identificarse con Eurindia, Indoiberia e Indolatina, respondiendo cada uno de ellos a razones históricas, étnicas, espirituales y políticas. En efecto, quienes preconizan llamarla Hispano o Iberoamericana, acentúan lo español y portugués. Los partidarios del nombre América Latina, se basan en que alude al tronco latino de la raza ibérica y de las lenguas castellanas. Otros propugnan simplemente llamarla América, acentuando la influencia anglosajona norteamericana, equivaliendo a la idea de una Panamérica dependiente de Washington. Hay que evitar mantener las asociaciones con la Colonia. Ya la denominación América Latina es más nuestra, corresponde a la experiencia histórica del siglo XIX, abarcando todo lo español y portugués, en cambio “Indoamérica es más amplio, va más lejos, entra más hondamente en la trayectoria total de nuestros pueblos. Comprende la prehistoria, lo indio, lo ibérico, lo latino y lo negro, lo mestizo y lo cósmico (recordando a Vasconcelos) [...] Hispano o Iberoamérica es igual a Colonia; latinoamericanismo igual a Independencia y República; panamericanismo, igual a Imperialismo; e indoamericanismo, igual a

⁷ Op., Cit., página 113.

Revolución, afirmación o síntesis del fecundo y decisivo periodo de la historia que vivimos”⁸.

El alegato anterior, frente al amplio campo que abarca la visión histórica e ideológica de Haya de la Torre, no concluye exclusivamente dentro del espacio continental y de la reconocida influencia europea para justificar la presencia y resistencia de movimientos sociales y de partidos políticos al interior de cada país. El portorriqueño Daniel Rodríguez, estudia el impacto del imperialismo estadounidense en América Latina y se refiere a los instrumentos que utiliza para imponer su dominación, incluyendo la cultural⁹. Ya en la década de 1890, la formación estratégica para la intervención imperial fue una obra de ingeniería expansionista que revela cómo la naturaleza de la política exterior yanqui transforma al país en un imperio; además, con esta estrategia se explica cómo el excedente industrial de la mano de obra interna acicatea un tipo de reflexión y de políticas hacia el campo exclusivo de la mercantilización y del control de los precios en los mecanismos de intercambio. En el fondo, es la expresión mesiánica de un capitalismo que se prepara para entrar en la fase superior imperialista, autoconvencido de ser los ángeles custodios del destino de las “sociedades libres” y del resto del mundo. El imperialismo comienza a discurrir de esta manera, desde el día que James G. Blaine ocupa la Secretaría de Estado, bajo la presidencia de James G. Garfield, en marzo de 1881. El mensaje comunicaba que los demás Estados tenían que unirse de manera pacífica y amigable al liderato de los Estados Unidos. Lo fundamental era convencer sobre las bondades de la doctrina Monroe y aceptar la expansión comercial como algo propio. La formulación intelectual del imperialismo fue responsabilidad de la administración Harrison-Blaine a través de Frederik Jackson Turner (tesis de las fronteras expandidas hacia el Oeste), Josiah Strong Brooks Adams (tesis del esfuerzo misionero que conquista el Oeste para Cristo, base regional para vencer el mundo y aprovechamiento del designio divino de pueblo manufacturero) y Alfred Thayer Mahan (tesis de la potencia marítima, embarques que faciliten el intercambio y colonias que ayuden a esas operaciones). En resumen, “todos querían que un nuevo imperio les resolviera los problemas internos que ya habían alcanzado proporciones críticas. Y por otro lado, ellos sabían que un país que tuviera solidez espiritual, económica y política, era el único que podía crear ese imperio. Esa fue su tarea, formular la ideología que sirviera de justificación para la expansión económica de un capitalismo que ya había alcanzado una fase superior”¹⁰.

El 23 de agosto de 1931, en un mitin en la Plaza de Toros del distrito de Acho de la ciudad de Lima, Haya de la Torre da a conocer el Programa Mínimo y Máximo del Partido

⁸ Haya de la Torre (1938-40): “El lenguaje político de Indoamérica”, en *Fuentes de la cultura latinoamericana* (1993), Leopoldo Zea, compilador. México, Editorial FCE., Vol. II, página 483-4.

⁹ Rodríguez, Daniel: “Los intelectuales del imperialismo norteamericano en la década de 1890”, en *Fuentes de la cultura latinoamericana* (1993), Leopoldo Zea, compilador. México, Editorial FCE., Vol. III, páginas 383 a 394.

¹⁰ Op., Cit., página 394.

Aprista Peruano. El Máximo tiene un significado continental que no excluye el programa de aplicación nacional. El texto se inicia señalando que a los políticos peruanos les ha faltado responsabilidad, capacidad de acción y falta de arraigo en los sectores populares. Denuncia a los detractores por pretender falsear la ideología de los movimientos sociales de los trabajadores. El internacionalismo bolivariano del APRA no excluye los problemas nacionales.

En su diagnóstico, América Latina “constituye una zona productora de materias primas agrícolas y mineras sin valor agregado. Frente a ella, el error ha sido que aún no hemos sido capaces de sostener una política científica que no invente la realidad sino que gobierne”¹¹. En Perú ha sido habitual confundir Economía Doméstica con Economía Política y también con frecuencia se confunde Economía con Finanzas; no ha habido nunca estadística, ni siquiera sabemos cuántos somos. “El único censo data de 1876. Interpreta la realidad peruana de modo similar a la Independencia Sudamericana, carente de conceptos, pero fecunda en paradojas. Los pueblos indoamericanos han estado dirigidos por la clase latifundista criolla que quiso emanciparse del control económico y político de la Corona de España. Movimiento sin ideología propia, añorante de las idas de la Revolución Francesa que nunca se lograron plasmar en la sociedad peruana. El latifundismo nunca ha coincidido con el sistema republicano y democrático; Perú ha vivido permanentemente tensionado por la tiranía y la anarquía. “No tuvimos, como ha dicho un escritor, hombres políticos cuyas biografías se puedan leer enteras. Como pueblo, no constituimos una entidad homogénea”. El Estado, como entidad jurídica, no representa en propiedad a las clases sociales actualmente reconocidas; no ha contribuido a hacer la vida ni posible ni buena porque ha carecido de fuerza, autenticidad y sentido de la nacionalidad”. En la economía nacional se cruzan dos aspectos perfectamente definidos: la de los intereses internos y la de los intereses extranjeros. Las técnicas de explotación de la tierra continúan siendo primitivas y no se ha reconocido el valor de las economías más desarrolladas basadas en técnicas más evolucionadas y en una mejor organización comercial.

Haya de la Torre, curiosamente valora el rol del imperialismo frente a los países de economías atrasadas. Para él no es una presencia peligrosa ni atemorizante y lo entiende como concepto económico, evidencia histórica y “expansión de los pueblos más desarrollados en la técnica de la producción hacia los pueblos menos desarrollados [...] El imperialismo representa para nuestro país la etapa fatal del capitalismo y de la industria, progreso que no se puede eludir [...] En nuestro país representa técnica y máquinas”. En Perú no hay industrialismo, sólo hay una incipiente pequeña industria de materias primas semielaboradas. A lo anterior se suma un bajo nivel cultural y un conglomerado de tres clases fragmentadas entre ellas: el proletariado de la pequeña industria, los campesinos y la

¹¹ Todas las citas intercaladas en los párrafos de este apartado corresponden al documento oficial del Programa Máximo y Mínimo del APRA publicado en Marxists Internet Archive 2002: <http://www.marxists.org>. En adelante no se hará la indicación de página dado el carácter de resumen crítico de mi exposición.

clase media que forma parte del llamado “sector nacional de la economía”. El aprismo surge de esta realidad en conflicto con la oligarquía de minoría. Por otra parte, el Estado no representa los intereses de las mayorías; después de 110 años de vida independiente tiene aún olvidada a la población heredera de los verdaderos dueños del suelo peruano que son los tres millones de indígenas. El APRA plantea peruanizar el Estado; justificarse orgánicamente allí donde se rescate la organización económica de un país en equilibrio. Concibe un Estado Aprista “basado en el ciudadano como calidad y no como cantidad, participativo y contribuyente al bienestar general”. El aprismo propugna la democracia funcional como base de la función del Estado; a las Fuerzas Armadas como “instituciones que deben estar al margen de la política y convertirse en un cuerpo técnico y moral. Su organización debe respetar el “criterio ampliamente democrático del servicio militar obligatorio general de debe velar por la honorabilidad de la oficialidad”. Para Haya de la Torre, el ejército es un medio para incorporar al indio a la nacionalidad y a la civilización en general; sus efectivos deberán estar conformados por la raza indígena en el mayor número posible y mantenerse siempre marginados de la política”.

Las páginas que siguen del Programa establecen una serie de reformas: la agraria, la industrial, regulaciones al capital extranjero, a la vida financiera y monetaria en beneficio del regionalismo y del descentralismo. Fundación de una Escuela única del Estado para favorecer la enseñanza práctica, técnica y productiva. En síntesis, el aprismo se concibe como opción económica, política e ideológica, y por sobre todo “fuerza moral de inteligencia y cultura, empresa verdaderamente sagrada sin precedentes en la Nación. El aprismo no es sólo una bandera política; es una fuerza que responde a un viejo dolor de Perú”. La misión es levantar el espíritu del pueblo, sin recetas europeas, para construir un gobierno científico basado en la economía, la investigación y la emoción. Finalmente declara al APRA heredero del magnífico Manuel González Prada y del político Nicolás de Piérola. En síntesis, sus principios se asientan en: 1) La reforma Universitaria, cuyo origen se planteó bajo el ejemplo de los estudiantes argentinos de 1918 y de los mexicanos en la primera década del 20. 2) Justicia social. 3) Soberanía nacional. 4) Libertad y democracia para el progreso y la justicia. 5) Rol del nuevo Estado técnico como árbitro y regulador entre el capital y el trabajo. 6) Descentralización nacional y fortalecimiento de los municipios. 7) Integración de los pueblos de América Latina.

Para precisar mejor el pensamiento de Haya de la Torre, dado que el Programa del APRA no está bien acotado conceptualmente por tratarse de un discurso a una militancia demasiado diversa, es aclaratorio señalar algunas divergencias con Mariátegui. Haya de la Torre, al parecer, desde su mentalidad socialdemócrata¹², nunca aceptó que el marxismo-

¹² Cf. Para corroborar esta aserción mía, basta con cf. el discurso de Haya de la Torre destinado a los oídos del presidente de Venezuela Rómulo Betancourt y de Willy Brandt, en el Congreso Mundial de la Internacional Socialista, celebrado en Lima el 26 de mayo de 1976. Justifica negociar con el imperialismo basándose en su “ambivalencia”.

leninismo latinoamericano debía entenderse como la síntesis de un juego dialéctico entre tradición y libertad; un método revolucionario de la etapa del imperialismo y los monopolios. Según Mariátegui, la mayoría de las tesis sobre el indio han desfigurado la realidad, no han comprendido que es un problema económico-social que tiene sus raíces en el régimen de propiedad de la tierra. Contra todo populismo e indigenismo ahistórico, se plantea evitar el regreso a un estado primigenio para situar el problema en el proyecto histórico de una América Latina reorganizada por el socialismo. El marxismo-socialismo “vernacular” de Haya de la Torre, se explica a partir de la particularidad de su teoría sobre el “Espacio-Tiempo-Histórico” que lo deja postergado en su forma de interpretación del carácter mundial o internacional del socialismo, incorporando la realidad americana en el contexto de la historia mundial. Haya de la Torre no reconoce la lucha de clases y al proletariado como el sujeto del cambio revolucionario; la reemplaza por “una lucha de pueblos” y al proletariado lo reemplaza por un frente pluralista o “alianza popular” que busca el desarrollo y la reivindicación de todos. Con su postura, Haya de la Torre postula una “tercera vía” entre capitalismo imperialista y el comunismo europeizante que le achaca a Mariátegui. Pretende fundar un estado antimperialista para una capitalismo nacionalista. En resumen, el aprismo es la corriente política de las clases medias radicalizadas, desplazadas hacia la izquierda de la pequeña burguesía, considerado por sus detractores como populismo.

Después de sesenta años de protagonismo en la política nacional, las aspiraciones e ideas de Haya de la Torre, de sus militantes y seguidores, paradójal e irónicamente servirán de inspiración al gobierno militar del General Juan Velasco Alvarado. El 3 de octubre de 1968, es depuesto el gobierno de Fernando Belaúnde Terry por un grupo de militares que pretenden hacer una revolución al servicio del pueblo y porque no quieren ser más “los perros guardianes de la oligarquía y del imperialismo”. La revolución emprendida por Velasco se plantea cambios estructurales, toma como símbolo la figura de Túpac Amaru y ya no se hablará más de indígenas, sino de campesinos según las metas del nuevo gobierno establecidas en el Plan Inca que ya no es capitalista ni comunista. La misión es construir la armonía nacional en torno a la Patria, de esa “Patria que la debemos entender como concepto sublime donde se confortan todos los corazones, se hermanan todos los ideales, logran convergencias todas nuestras voluntades y transforman en actos de benevolencia los rencores que la lucha de la vida ocasiona entre hermanos que nacieron para amarse”¹³. Una vez más, se reactualiza una noción de Patria como lugar sagrado y entrega sacrificial a pesar de los avances de la modernización y del apogeo de la Guerra Fría

13 Velasco Alvarado, Juan (1968) “La revolución peruana, discursos”, página 199, en *Fuentes de la cultura latinoamericana*, Vol.III. Leopoldo Zea, compilador. México, FEC, 1993.

Discusión y actualidad del indoamericanismo

Según la información que nos proporciona Luis Alberto Sánchez en su *Historia General de América (1970)*, se argüía que el hombre americano era un ser condenado al vasallaje por su raza inferior, su mestizaje deprimente que le resta derechos y le impone obligaciones, su incapacidad de resistencia ante el ataque de los españoles, su alimentación inapropiada para el desenvolvimiento, su tendencia a la pereza a sensualidad y, como si fuera poco, nace envuelto por un clima que lo condena irremediamente al fracaso. Pero lo que no evidenciaban sin reconocer las causas, que hacia 1914, del 21% de la totalidad de las inversiones internacionales, le correspondió a Indoamérica sólo 7.200 millones de dólares sobre 35.000 millones asignados para los demás. Cada habitante de la región, en informes de 1938, era deudor de 84 dólares, mientras que los deudores de otras zonas del mundo sólo debían 17; el peso de la deuda ya comenzaba a abrumar a nuestro continente.

El término “indoamericano(ismo)” fue acuñado por José Vasconcelos y tiene su base en el indigenismo y en el reconocimiento de la dignidad del indio y demás etnias que contribuyeron al mestizaje como realidad cultural en la heterogénea constitución de la identidad latinoamericana (raza cósmica). En Perú, dos movimientos influyeron en la conformación del nacionalismo: la reforma universitaria y el indigenismo. El objetivo de los estudiantes fue desterrar a los representantes de la oligarquía del control de la Educación Superior. El indigenismo se convirtió en el reconocimiento de la explotación del indio y en la necesidad de alcanzar su emancipación de cualquier tipo de servidumbre o formas de esclavitud. Para Haya de la Torre, el indoamericanismo “representa la etapa revolucionaria de nuestra América y la síntesis de la oposición de contrarios que impulsan el devenir de nuestra historia”¹⁴. Es la gran repulsa al hispanismo que durante los siglos XVI y XVII del virreinato peruano, según las investigaciones del chileno Rolando Mellafe, comprueba que en las primeras cinco décadas de la Colonia fueron exterminados unos siete millones de indios, el 70% de la población total del imperio incaico¹⁵. Eduardo Devés señala que en el indigenismo de los años 20 convergen las tendencias del arielismo, del socialanarquismo y del nacionalismo. Con estas vertientes el pensamiento latinoamericano se indoamericaniza. “La polémica sobre el indio ha sido una de las más importantes del siglo XX y el indigenismo, una de las tendencias más originales de nuestro pensamiento”¹⁶. Superada la fase de exterminio, el indigenismo en América Latina ha madurado en

14 De la Torre, Haya (1940): “no nos avergonzemos de llamarnos indoamericanos”, página 483, en *Fuentes de la cultura latinoamericana*, Leopoldo Zea, compilador. México, Editorial FCE, Vol. II

15 Cf. “El indigenismo en el Perú” de José María Arguedas, páginas 327-338, en *Fuentes de la cultura latinoamericana*, Leopoldo Zea, compilador. Vol.II, México, Editorial FCE, 1993

16 Devés, Eduardo (2000): *Del Ariel de Rodó a la CEPAL*, Vol. I. Bs. As, Editorial Biblos, página 115. Recomiéndase confrontar los capítulos II y III: “Indigenismo y mestizofilia” y Afroamericanismo, multiculturalismo e identidad”, respectivamente.

conciencia de ruptura como lo constata Arturo Andrés Roig en su obra *Teoría y crítica del pensamiento latinoamericano*, estado emocional que ha sido codificado como sentimiento de frustración, decepción, destierro, desarraigo, exilio, expatriación, inferioridad, minusvaloración, etc. El barroco latinoamericano ha sido la mejor expresión de este estadio de exclusión del indio en el contexto de la discusión “civilización-barbarie”¹⁷. Escritores y artistas de la generación vanguardista, también se han referido a la evolución del indigenismo como realidad económico-social de Perú y de los demás países sudamericanos con un alto porcentaje indígena como Bolivia y Ecuador. Sebastián Salazar Bondi, observa cómo por no haber sido asimilado el indio, no ha podido participar ni disfrutar del desarrollo modernizador. Actualmente, en Bolivia hay aproximadamente 9 millones de habitantes, de los cuales el 54% son indios, el 32% mestizos y el 14%, blancos; de 20 millones de peruanos, cerca del 30% son indios en la sierra, el 55% mestizos y el 10%, blancos; de 10 millones de ecuatorianos, hay 39% de indios, 41% de mestizos, 10% de blancos y 10% de negros. En el Perú de 1930, entre 5 millones de habitantes había 3 de indios, de ahí la justificación ideológica de Haya de la Torre y de Mariátegui de peruanizar el país. El criollismo, ante nacionalidades en formación, nunca pudo prosperar en la literatura andina porque en la época todavía no se había alcanzado un grado de fusión de los elementos reales de convivencia, lo mestizo aún se entendía como algo demasiado genérico y plural. Hoy en día, el indigenismo posee una gran fuerza simbólica como reconocimiento al aporte de sus tradiciones culturales a la cultura contemporánea. El indigenismo se ha transformado en el intento de superar la acción depredadora de la naturaleza por la racionalidad capitalista y de recuperar el sentido comunitario de la vida.

Mario Vargas Llosa, estudia el movimiento indigenista a través de la obra del novelista y antropólogo José María Arguedas. En su ensayo *La utopía arcaica* (1996), sostiene la polémica tesis del indigenismo como ficción ideológica, de corte pasadista y reaccionario por su carácter colectivista, mágico, irracionalista, antimoderno y antiliberal. Además, en su ensayo Vargas Llosa examina las contradictorias visiones del indio que – según él – se han sucedido en la política, la historia, la sociología, la antropología y la literatura. A su juicio, el indio ya se ha emancipado de la explotación, discriminación, prejuicios y ha optado por la modernidad. La tesis utópica arcaica de Arguedas sería sólo en parte racional y no podría explicarse con idas porque se alimenta de inspiración y de fe en tanto horizonte religioso, mítico y poético. Además, Vargas Llosa agrega que es una utopía que rechaza la economía mercantil como fuente de corrupción ética y de justicia social en nombre de una sociedad rural que en el pasado no incentivó el egoísmo ni el lucro. Si no fuera por esta desfachatada y contradictoria tesis que en su exposición no explicita un método fuera de establecer una permanente ambivalencia ideológica entre historia latinoamericana, ficción y literatura (esta última como mentira de la realidad), el ensayo de

¹⁷ Cf “Discurso indígena y discurso de ruptura”, páginas 107-126 de Carlos Paladines, en *Quinientos años de historia, sentido y proyección*. Leopoldo Zea, compilador. México, Editorial FCE, 1993.

Vargas Llosa habría contribuido a reconocer, en el intercambio disciplinario antropología-literatura, una fuente de análisis sobre el indigenismo. Desgraciadamente no es así. En cambio, el estudioso y teórico peruano Antonio Cornejo Polar, está convencido de que el indigenismo es “uno de los movimientos más constantes, más productivos y más valiosos de la cultura peruana [...] Mariátegui hizo el distingo para entender bien el indigenismo y señaló que la literatura indígena era la escrita por los indios dentro de sus códigos estéticos; y la indigenista más bien es literatura de mestizos, urbana, más integrada a los códigos de esa misma modernidad.[...] El indigenismo ha sido una gran metáfora de la desintegración de la nación y de lo que Arguedas hablaba, las muchas patrias que se pueden vivir en el país¹⁸. De este reconocimiento viene el acierto que plasmara en uno de sus versos el poeta Enrique Lihn: “somos contemporáneos de historias diferentes”. En la ponencia *La multiplicidad de voces de la literatura latinoamericana*, Cornejo Polar señala que en un mismo espacio y en un mismo tiempo, en América Latina coexisten discursos que provienen de ritmos históricos diversos a veces incompatibles dentro de un mismo texto. La novela experimentalmente más audaz sobre esta “multiplicidad” es *El zorro de arriba y el zorro de debajo* (1971) de Arguedas, basada en mitos e historias indígenas que se recopilaron en el siglo XVI.

En el VII° Foro Indígena de las Naciones Unidas, en abril de 2008, el presidente boliviano Evo Morales Ayma, planteó sus “Diez mandamientos” para reorientar y sustituir el proceso civilizador neoliberal destructivo. Su idea es recuperar una forma de conciencia en armonía con la naturaleza para evitar el saqueo industrial de la “Pacha Mama”. Los Mandamientos de Morales, son: 1) Erradicar el modelo capitalista y lograr que el Norte pague la deuda ecológica que tiene con el planeta. 2) Denuncia y oposición a cualquier tipo de guerras. 3) Alcanzar relaciones de coexistencia y no de sometimiento, en un mundo sin imperialismos ni colonialismos. 4) Declarar el agua como un derecho humano: no a su privatización. 5) Acabar con el derroche de energía: no más biocombustibles que le quitan alimentos a los pobres. 6) Promover debates sobre el destino ecológico del planeta, haciendo un fondo común para revertir la mala distribución de los recursos financieros y escuchar la sabiduría indígena acumulada a través de siglos, a los movimientos indígenas rurales y urbanos 7) No pueden ser negocio privado y sólo pueden ser “servicio público”, el otorgamiento de derechos sobre el agua, la salud, la educación, el transporte y las comunicaciones. 8) Acabar con el consumismo, el derroche, el lujo y el lucro. 9) Promover la diversidad de culturas y de economías, apostando a la unidad en la diversidad. 10) Intentar vivir bien no es vivir mejor a costa del otro. Debemos construir un socialismo comunitario en armonía con la tierra.

¹⁸ Cf. “Conversando con Antonio Cornejo Polar” (1993), entrevista realizada por Guillermo Pérez V., en la Universidad de Lima, publicada en Suplemento Identidades del Diario “El Peruano,” en junio de 2002. Aparece en <http://www.cibernus.com>

Conclusiones

Haya de la Torre, condicionado por el vitalismo patriótico de su tiempo y de acuerdo a su capacidad interpretativa de la realidad peruana y latinoamericana, hizo un loable empeño por pensar, pensarse y ser pensado respecto a la cuestión social y política de su tiempo. Su presencia abarca casi un siglo en los debates ideológicos de su país, y contribuye a instalar en Perú una ideología socialdemócrata que, en su aplicación real, no ha dejado de apasionar y de confundirse con soluciones populistas. Teóricamente, su postulado de “marxismo vernacular”, no alcanzó a salir del marco hegeliano en desmedro del marxismo latinoamericano que recrea Mariátegui y de la capacidad movilizadora del anarquismo sindical que comprometía a otros sectores de realidad nacional peruana de la década del 30. La diferencia fundamental, se puede graficar simbólicamente diciendo que mientras Mariátegui cantaba la “La Internacional”, Haya de la Torre cantaba “La Marsellesa”. Atienden a tradiciones e influencias ideológicas distintas, aunque todas con una fuerte radicalidad valórica y crítica.

Creo que el gran sueño de Haya de la Torre, basado en una alianza revolucionaria americana, inspirado al calor de la revolución estudiantil universitaria de los años 20, iniciada en Argentina y México, no logra concitar voluntades en el resto de los jóvenes y obreros para concretar el ideal de integración en una “Patria Grande” a través de una Internacional Partidaria Revolucionaria Latinoamericana en la observancia del proyecto bolivariano. Al interior de Perú, el APRA ha sido un partido sensible a la clase media, con una base popular que le ha dado y restado apoyo en diferentes momentos y exigencias de la vida política nacional. Como sucedió tras los golpes de Estado y con los fracasos en las últimas décadas del siglo XX con el General Juan Velasco Alvarado y Alan García. El programa histórico del APRA y su visión antimperialista, no se plantea cambios de estructuras revolucionarias para una sociedad peruana que asimétricamente balbucea y participa en desigualdad de condiciones del modo de producción capitalista. La heterogeneidad de Perú, reconocida en los principales ámbitos de su ethos cultural, tal vez justifica por qué el APRA no consigue revertir el estancamiento y decadencia de una democracia formal-electoral, nostálgica y seducida por una noción de patria y nación que no ha logrado desfeticchizar sus prácticas de los resabios gamonales y autentificar una identidad por medio de una filosofía basada en una educación liberadora. La Universidad Popular y la idea de la Escuela Única Nacional gratuita, pluralista, laica y democrática, fue una intención que no logró mantenerse y crecer en ese “tiempo-espacio-histórico” que explicaba teóricamente su “marxismo vernacular” y el empeño por idear un quehacer político científico.

La concepción sobre el Indoamericanismo fue, a mi modo de ver, el producto de la reflexión histórica, social y cultural más certero de Haya de la Torre. Intenta persuadir a los políticos y a la intelectualidad latinoamericana para consensuar el verdadero nombre de un continente mestizo desde una perspectiva integradora, cuya posibilidad pasa por la superación del subdesarrollo.

Bibliografía

Anuario Martiano (1969), Sala José Martí, Biblioteca Nacional de Cuba. N° 1. La Habana, Consejo Nacional de Cultura, 373 páginas.

Bueno Chávez, Raúl (2004) *Antonio Cornejo Polar y los avatares de la cultura latinoamericana*. Lima, Fondo Editorial Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

Cornejo Polar, Antonio (2003): *Escribir en el aire, ensayo sobre la heterogeneidad sociocultural en las literaturas andinas*. Lima, CELACP Editores latinoamericanos. <http://celacp.perucultural.org.pe> / celacp@wayna.rep.net.pe

Devés V, Eduardo (2000): *Del Ariel de Rodó a la CEPAL, pensamiento latinoamericano entre modernización e identidad*, Vol. I Bs. S., Editorial Biblos. *El pensamiento latinoamericano en el siglo XX, desde la CEPAL al neoliberalismo, 1950-1990*, Vol. II (2003). *El pensamiento latinoamericano en el siglo XX, las discusiones y las figuras del fin de siglo. Los años 90*, Vol. III (2004).

Diario Le Monde Diplomatique, año VIII, N°83. *Cuadernos del pensamiento latinoamericano, Manifiesto liminar de la Reforma Universitaria, Córdoba 1918*.

Dos Santos, Theotonio (1967): "El concepto de clases sociales", páginas 81-116, en *Anales de la U. de Chile* N°s 141-144.

Escudero, Alfonso, compilador (1970): *Páginas escogidas de José Martí*. Madrid, Editorial Espasa-Calpe.

Fornet-Betancourt, Raúl (2001): *Transformaciones del marxismo. Historia de la recepción del marxismo en América Latina*. México, Plaza y Valdés, editores.

Germaná, César (2005): *Manuel González Prada y Víctor Raúl Haya de la Torre. De la democracia liberal al nacionalismo radical*. Francia, Université Michel de Montaigne, Bordeaux 3, ponencia pronunciada en enero de 2005.

Góngora, Mario (1981): *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX*. Santiago, Editorial Universitaria.

González Prada, Manuel (1907): *La anarquía y El deber anárquico*, en <http://www.evergreen.loyola.edu>

Haya de la Torre, Víctor Raúl (1931): *Programa mínimo del partido Aprista peruano*. <http://www.marvist.org>

Haya de la Torre, Víctor Raúl (1977): *Obras completas*, 5 Vols. Lima, Editorial Juan Mejía Baca.

Historia del aprismo, sitio electrónico oficial del APRA: <http://www.apra.org>

Mariátegui, Juan Carlos (1972): *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, vigésima edición. Biblioteca Amauta, Lima. Talleres gráficos de la Librería Editorial Minerva.

Mazzotti, José y Zevallos, Juan (1996): *Asedios a la heterogeneidad cultural, libro en homenaje a Antonio Cornejo Polar*. EE.UU, Philadelphia. Asociación internacional de peruanistas, 524 páginas.

Klaus Müller-Bergh y Gilberto Mendoza Teles (2005): *La vanguardia latinoamericana, historia, crítica y documentos. Área sudamericana, andina centro: Ecuador, Perú y Bolivia*. Vol. IV. Madrid, Editorial Iberoamericana.

UNAM (1929): *Nuestro México, la autonomía universitaria*. Publicación quincenal, fascículo N°15 (publicación de 1984)

Vargas Llosa, Mario (1996): *indigenismo*. México, Editorial FCE. *La utopía arcaica, José María Arguedas y las ficciones del indigenismo*. México, Editorial FCE.

Zea, Leopoldo, compilador (1993): *Fuentes de la cultura latinoamericana*. 3 Volúmenes. México, Editorial FCE.

Zea, Leopoldo, compilador (1993): *Quinientos años de historia, sentido y proyección*. México, Editorial FCE.

